

San José, Costa Rica

30 Julio de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 14

SOCIOLOGÍA

El reinado de la abundancia

En la actualidad se hallan los continentes cruzados en todas direcciones por inmensa red de ferrocarriles, y los mares surcados por miles de rápidos buques, que transportan de cerca y de lejos viajeros y mercancías.

Esa facilidad de relaciones y de cambio, que concierta pensamientos y satisface necesidades, es reciente: Napoleón consideró como novedad sin trascendencia el primer barco de vapor que atravesó el canal de la Mancha; el 26 de agosto de 1836 se inauguró el primer ferrocarril de Francia entre París y Saint Germain.

Ese grandioso movimiento, de cuya iniciación pueden existir todavía, aunque escasos, testigos presenciales, está de tal modo compenetrado con nuestro modo de ser social, que al ignorante y al indiferente les parece anti-quísimo.

Existe en el mundo civilizado una fuerza activa que excede de 200 millones de caballos de vapor; y teniendo en cuenta que cada fuerza-caballo técnico representa tres caballos, y cada caballo equivale á la fuerza de siete hombres, prescindiendo de la valoración de otros y poderosos medios de producción mecánica, antiguos y modernos, como el aire, las corrientes fluviales, las mareas, la electricidad, etcétera, etc., para unos 1.500 ó 1.600 millones de habitantes de que consta cada generación, disponemos de más

de 4.000 millones de fuerzas humanas.

Para conocer y domar de tal manera las fuerzas naturales, la humanidad ha observado, ha estudiado, ha trabajado mucho. Por el trabajo, que es observación, método, generalización serial, aplicación práctica y transformación aplicable á la realización de deseos y á la satisfacción de necesidades individuales y colectivas, tenemos hoy terrenos habitables donde había enmarañados bosques, pantanos cenagosos y climas insanos; tierras antes estériles, nos suministran ricas y abundantes mieses; rocas abruptas que contenían guaridas de fieras, sostienen en la actualidad terraplenes donde se cultiva la vid y el olivo; plantas antes silvestres, de fruto áspero y raíces no comestibles, transformadas por ingeritos y reiterados cultivos, se han convertido en hortalizas ó árboles frutales útiles y agradables; los ríos son navegables; las costas, conocidas y accesibles; los tesoros minerales, desentrañados, y donde quiera que se entrecruzan las vías de distribución y de correspondencia brotan y crecen ciudades, en cuyo recinto se acumulan las riquezas de la industria, de las artes y de las ciencias.

Más aún: un campo que se rotura es una riqueza presente y futura, un campesino que planta un árbol crea frutos para sus nietos; una idea, un

descubrimiento científico, un invento industrial ó una creación artística, ocurridos en Barcelona, en España, en cualquier parte del mundo, cerca ó lejos, gran centro de población ú olvidado caserío rural, son producciones que cunden y circulan con rapidez por todo el mundo y quedan indefinidamente para satisfacción de necesidades materiales y morales de las generaciones venideras, siendo á la vez origen de nuevas y multiplicadas producciones; el alfabeto, la numeración, la imprenta, el telégrafo, el fonógrafo, el aeroplano, el dirigible, el camino, el puente, el ferrocarril, el canal, el puerto, el barco, la casa, los muebles, el libro, el cuadro, el museo, la academia, la universidad, la fábrica y muchos etcéteras que pueden añadirse, representan resúmenes de conocimientos y trabajos legados por generaciones anteriores, sacrificios impuestos en vista de necesidades presentes y una riqueza de saber y de poder legada por la generación viviente á sus sucesoras.

Se ha llegado á tal fuerza productora, que mientras el antiguo cazador de los tiempos prehistóricos necesitaba un espacio enorme para encontrar el alimento para sí y para los suyos, el civilizado, con fatiga infinitamente menor y en un territorio relativamente pequeñísimo, produce lo necesario para sí y para su familia y un excedente para el cambio.

En el suelo virgen de las praderas de América, dice Kropotkine, cien hombres, con la ayuda de poderosas máquinas, cultivan en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas. Con las máquinas modernas, cien hombres fabrican en poco tiempo telas con que vestir á diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso. En la agricultura, en la industria, en la ciencia, en el conjunto de nuestra organización social y sin más que con el cuidado y vigilancia de los siervos de hierro y de acero que ha creado el

ingenio humano, la humanidad entera podría llevar ya una existencia de paz, de bienestar, de felicidad.

Innecesario detallarlo: entre el debe y el haber de la humanidad hay un riquísimo superabit. Según cálculos estadísticos positivos, se ha demostrado que con lo que se produce, á pesar de lo irregular y antieconómico de la producción bajo el régimen del privilegio, dado el número de los habitantes del mundo, correspondería á cada uno tres raciones alimenticias y cinco raciones industriales.

Los hechos hablan: con lo que se produce, á pesar de como se produce, la humanidad actual podría sostener dos humanidades más.

Respetando el neo-maltusianismo, con el cual no me meto aunque le considero discutible, digo que el antiguo maltusianismo, que ya no existe más que en la mollera de unos cuantos burgueses triunfantes, no por más fuertes ni más inteligentes, sino por ruda testarudez ó por hallarse ciegamente favorecidos por la casualidad—ó por el negocio—, está negado por los hechos más que por las teorías.

Hoy el hombre rico que niegue á un hombre pobre, á su hermano en la humanidad, su derecho al cubierto en el banquete de la vida, comete un fratricidio.

La religión, que predica la caridad como atemperante á la injusticia social, aunque predicada al mundo desde el púlpito y aun desde el trono de la infalibilidad, queda reducida al triste menester de excusa del privilegio.

La frase de Santo Tomás de Aquino: «los ricos no son ricos sino administradores de los pobres», lo mismo que la profecía evangélica: «siempre habrá pobres en el mundo», quedan desmentidas por la actividad humana, por la sociología y por la evolución progresiva. El que lo niegue, si funda su negativa en sus creencias religiosas, blasfema contra la misma justicia divina que acata y adora, contra la idea de absoluta justicia; si se funda en teorías de determinada escuela economista, se equivoca.

Los estadistas y legisladores que conservan el bárbaro espíritu de la ley de las Doce Tablas, que cuenta veintitantos siglos de legalización de la iniquidad, é incurriendo en contradicción flagrante, escriben en las constituciones democráticas de los Estados modernos derechos populares que se hallan en pugna con los Códigos civiles y que luego castigan los Códigos penales, cometen legalmente, además de un absurdo, un crimen; pero crimen de extensión y alcance incalculable, por el número inmenso de víctimas que produce.

El proletariado acusa á la actual civilización.

Si hoy existen parias que ante el progreso de las ciencias quedan analfabetos; que ante los progresos de la agricultura, de la industria y de la facilidad de cambios y transportes no tienen pan ni albergue; que ante el fausto y la insultante alegría de los que gozan han de sentirse poseídos de envidia, de odio y de rabia dando frutos fatalmente legítimos de tan deprimentes pasiones, ¡quién puede tirarles la primera piedra! No serán ciertamente los capitalistas que constituyen aquellas compañías marítimas, carrilanas ó mineras sobre cuya conciencia, por afán de lucro, pesan nau-

fragios, descarrilamientos ó explosiones de grisú, sin que legalmente pueda exigírseles responsabilidad; no serán tampoco aquellos propietarios, industriales y comerciantes que despojan al productor del fruto de su trabajo, cargándole además, como inquilino y como consumidor, con las enormes exacciones con que se paga el tributo y con que se forma la renta; ni menos aquellos gobernantes que, sobre tener á su cargo el estancamiento social, sostienen la paz armada y pueden declarar guerras que cuestan miles de vidas y ruinas y desastres incalculables; ni mucho menos aquellos políticos que con falsos programas embaucan electores á quienes encubren y dificultan cuanto pueden el progreso de la ciencia evolucionaria y revolucionaria.

Todo filósofo, todo científico, todo artista que no busque preferentemente la verdad, la bondad y la belleza en sus relaciones con la equidad como base fundamental de la sociedad humana, son servidores de la mentira, de la maldad y de la fealdad; son Judas que entregan la víctima desheredada por los treinta dineros que les paga el Sanhedrín de la usurpación propietario-capitalista.

ANSELMO LORENZO

El trabajo agradable

Cuando afirmamos que una sociedad manumitida del capital sabría hacer agradable el trabajo y suprimiría todo lo que hay en él de repugnante y malsano, se ríen de nosotros. Y sin embargo, hoy mismo pueden verse pasmosos progresos realizados en ese sentido; y en todas partes donde se han producido esos progresos, los patronos se han congratulado de la economía de fuerza obtenida de esa manera.

Es evidente que podría hacerse la fábrica tan sana y tan agradable como un laboratorio científico. No es menos evidente que habría gran ventaja en hacerlo. En una fábrica espaciosa y bien aireada es mejor el trabajo, se aplican allí con facilidad las pequeñas mejoras, cada una de las cuales representa una economía de tiempo y de mano de obra. Y si la mayor parte de las fábricas continúan siendo los lugares infectos y malsanos que conoce-



Ponemos en conocimiento de los suscriptores y agentes que no hayan cancelado el recibo del 29 trimestre lo hagan á la mayor brevedad, pues de lo contrario, dejarán de recibir la revista.

mos, es porque al trabajador no se le tiene en nada en la organización de las fábricas y porque el rasgo característico de ellas es el más absurdo derroche de las fuerzas humanas.

Sin embargo, como raras excepciones, encuéntranse ya algunos talleres fabriles tan bien arreglados, que daría verdadero gusto trabajar en ellos—si el trabajo no durase más que cuatro ó cinco horas diarias y si cada cual tuviese facilidad de variarlo á su antojo.

Hay una fábrica—dedicada, por desgracia á ingenios de guerra—que nada deja que desear desde el punto de vista de la organización sanitaria é inteligente. Ocupa veinte hectáreas de terreno, quince de las cuales tienen cubierta de vidrio. El suelo, de ladrillo refractario, está tan limpio como el de una casita de minero; y una brigada de operarios, que no hace otra cosa, limpia esmeradamente la techumbre acristalada. Allí se forjan barras de acero hasta de veinte toneladas de peso; y estando á treinta pasos de un inmenso horno, cuyo fuego tiene una temperatura de más de mil grados, no se advierte su presencia sino cuando la inmensa boca del horno deja paso á un monstruo de acero. Y ese monstruo lo manejan sólo tres ó cuatro trabajadores sin más que abrir acá ó acullá un grifo haciendo mover inmensas gruas por la presión del agua dentro de tubos adecuados.

Se entra dispuesto á oír el ruido ensordecedor de los mazos colosales y se descubre que no hay mazo ninguno. Los inmensos cañones de cien toneladas y los ejes de los vapores trasatlánticos se forjan por la presión hidráulica, y el obrero se limita á hacer girar la llave de un grifo para comprimir el acero, prensándolo en vez de forjarlo, lo cual da un metal mucho más homogéneo, sin quebrajas, cualquiera que sea el espesor de las piezas.

Espérase un rechinamiento infernal, y se ven máquinas que cortan masas de acero de diez metros de longitud sin hacer más ruido que el necesario para cortar un queso. Y cuando expresábamos nuestra admiración al

ingeniero que nos acompañaba, respondía:

«¡Pero si es una simple cuestión de ahorro! Esta máquina que cepilla el acero lleva sirviéndonos cuarenta y dos años. No hubiera servido ni diez, si sus partes mal ajustadas ó harto débiles, se entrechocasen, rechinasen y chillasen á cada golpe del cepillo.

«¿Los altos hornos? Sería un gasto inútil dejar irradiarse afuera el calor, en vez de utilizarlo. ¿Por qué tostar á los fundidores, cuando el calor perdido por irradiación representa toneladas de carbón?

«Los mazos de pilón que hacían retemblar los edificios en cinco leguas á la redonda, ¡otro despilfarro! Se forja mejor por presión que por choque, y cuesta menos; hay menos pérdida.

«El espacio concedido á cada taller, la claridad de la fábrica, su limpieza, todo ello es una sencilla cuestión de ahorro. Se trabaja mejor cuando se ve claro y no hay apreturas.

«Verdad es que estábamos muy estrechos antes de venir aquí. Y es que el suelo cuesta terriblemente caro en los alrededores de las grandes ciudades. ¡Son tan rapaces los propietarios!»

Lo mismo sucede con las minas. Aunque no sea más que por Zola ó por los periódicos, ya se sabe lo que la mina es hoy. Pues bien; la mina del porvenir estará bien ventilada, con una temperatura tan perfectamente regular como la de un gabinete de trabajo, sin caballos condenados á morir debajo de tierra, haciéndose la tracción subterránea por medio de un cable automotor puesto en movimiento desde la boca del pozo; los ventiladores estarán siempre en marcha y nunca habrá explosiones. Esta mina no es un sueño; se ven ya en Inglaterra, y nosotros hemos visitado una. También aquí es una cuestión de economía ese buen orden. La mina de que hablamos, á pesar de su inmensa profundidad de 430 metros, suministra mil toneladas diarias de hulla con doscientos trabajadores solamente, ó sea cinco toneladas por día y por trabaja-

dor, mientras que el promedio en los dos mil pozos de Inglaterra viene á ser de trescientas toneladas por año y por trabajador.

Este asunto ha sido ya tratado con mucha frecuencia por la prensa socialista, y se ha formado opinión. La fábrica, el taller, la mina *pueden* ser tan sanos, tan magníficos como los mejores laboratorios de las universidades modernas; y cuanto mejor organizados estén desde ese punto de vista, más productivo será el trabajo humano.

¿Puede dudarse de que en una socie-

dad de iguales, en que los «brazos» no estén obligados á venderse, no importa en qué condiciones, el trabajo será realmente un placer, una distracción? La tarea repugnante ó malsana deberá desaparecer, porque es evidente que en estas condiciones es nociva para la sociedad entera. Podían entregarse á ella los esclavos; el hombre libre creará nuevas condiciones de un trabajo agradable é infinitamente más productivo. Las excepciones de hoy serán la regla del mañana.

P. KROPOTKINE

PEDAGOGÍA

Educación Integral

El Ideal Humano

Se han hundido los Cielos y han muerto los Dioses, barridos y ahuyentados como sombras por la creadora luz del Pensamiento. También han sido deshechos los moldes de los dogmas, y el hacha formidable de la Crítica ha caído implacable sobre todos los puntales y cimientos del viejo mundo moral hasta lograr abatirlos y pulverizarlos. La Razón se ha emancipado de sus caducos frenos y ha corrido, libre y bárbara, sobre las ruinas del Pasado, aniquilando monstruos y fantasmas. Todo ha sido negado. Y sólo ha quedado en pie, por encima de todos los derrumbamientos, como absoluta, única y eterna realidad la afirmación del yo, de la conciencia y ser del hombre.

Pero no le basta al hombre saber que existe; necesita vivir y luchar, tener por horizonte y como faro una aspiración más alta en cuyas aras pueda sacrificarse.

Entre las vanas cenizas de los ideales muertos hállanse las de aquél que proponía á los hombres «conservarse del mejor modo posible, vivir igual

que hermanos, quietamente, y conquistar la Felicidad». Murió el ideal aquel porque esta Felicidad, como realidad externa, es una de las sombras y quimeras que la Razón disolvió.

¿Cuál será, pues, el futuro Ideal? ¿Iremos á debatirnos eternamente en el Caos? ¿Será imperecedera la barbarie?

No. El Ideal futuro existe ya, aunque ignorado casi de los hombres. El Ideal perfecto, que ha de dar á los humanos la pureza y la fuerza para redimirse de la vileza horrible en que al presente yacen, no está, no puede estar basado únicamente en la conquista de la dicha exterior, en el bienestar externo de los hombres; porque el soplo terrible del espíritu, las internas inquietudes de nuestra alma hacen que nada pueda satisfacernos hasta lograr el íntimo reposo de nuestro ser, la armonía y el acuerdo de nuestra conciencia en el Mundo.

El único Ideal que existe hoy capaz de inflamar el alma de la humanidad es el de la superación del hombre.

Superarse, es decir, penetrar en sí mismo y conocerse, libertarse de todas las sombras externas, afirmarse en la

vida como única realidad, dominarse y ser dueño de su propia conciencia y atesorar en sí mismo, incansable y férreamente, todas las virtudes y potencias, todos los dones de que el hombre es capaz. Y por la total afirmación consciente del propio yo, libertarse del determinismo, dominar á la Naturaleza, ser conciencia del Mundo, divinizarse, en fin, hasta poder afirmar plena y conscientemente: Yo soy Dios.

Y una vez redimido interiormente, inspirado por el egotismo excelso del que se ama á sí mismo en todos los seres y en todas las cosas, consagrar la existencia á despertar á los hombres, á convertirlos en dueños de sí mismos; á caminar con todos sus hermanos hacia el Reinado del Hombre, fundidas en una sola todas las conciencias y transformados los egotismos en hoguera de Amor. Tal es el ideal que ha de alumbrar con purísima llama la educación moderna.

Concepto de la Libertad

Concibiendo el Ideal del antedicho modo, cambia completamente el viejo concepto de la libertad. Ser libre ya no quiere decir, en el moderno sentido, profesar tales ó cuales ideas ó pertenecer á una secta ó partido determinados; ni tampoco significa ser rebelde, no estar dispuesto á obedecer jamás á los otros. Ser libre, en el concepto superior del Ideal expresado, es no estar movido por ningún resorte externo—miedo, rutina, obediencia—ni por ninguna pasión ó vicio—orgullo, ambición, ignorancia, lujuria—sino determinarse así propio por la voz del espíritu, ajeno á todo yugo. Ser libre es haber matado en sí mismo el Deseo inconsciente para que reine en cambio el Ideal. Es, en fin, hombre libre, el dueño de la propia voluntad, el soberano de sí mismo.

Ideal de la Escuela

La educación actual es una especie de arte de amaestrar pájaros. La Escuela es una jaula de domesticar. La

enseñanza que en ella se practica consiste en un rancio tatuaje, moral y mental, del niño. Se desarrolla en él la memoria y las facultades imitativas, simiescas; pero no se despierta su alma ni se endurece su voluntad. Del estrecho círculo convencional que constituye la familia, pasa el niño á esa fábrica de viejos moldes que se llama Escuela, donde se le trata de demostrar la realidad y la vida, encerradas en libros secos y amanerados. Y para atrofiar aun más el espíritu infantil se le coloca, moralmente, una de esas camisas de fuerza que se llaman catolicismo, protestantismo, espiritismo, y que igual puede llamarse ateísmo ó anarquía. Tal es ese troquel de esclavitud donde se acuñan cerebros cual si fuesen monedas y al que se denomina Escuela, pomposamente y con satisfacción, por unas gentes que juzgan á sus hijos como en perpetua minoridad, y que dejan de vivir sus ideales para legarlos en herencia, como roña mortal del espíritu, á las futuras generaciones.

Pero la Escuela ideal es la enteramente opuesta á la descrita. Es un templo de la Vida y el Saber donde se sienta profunda veneración por el misterioso Porvenir, y se respete la conciencia del niño como cosa sagrada. Esta futura Escuela será la verdadera madre del género humano en los venideros tiempos; pues no se dejará entonces á cargo de la ignorancia ó inconsciencia de los padres la misión social y augusta de educar los espíritus. Tampoco, en dicha Escuela, se tratará de moldear el alma de los niños según una creencia determinada, en un ambiente raquítico y artificial, rodeándoles de falsas representaciones de las cosas, y llenando sus cabezas de palabras y de viento. Puestos, por el contrario, en contacto directo con las cosas; mostrándoles en todo instantes la cruda realidad; haciéndoles intervenir en la vida social desde su edad más tierna y en la parte que pueda corresponderles; revelando gradualmente á sus espíritus las más altas verdades que han conquistado los

hombres de todos los tiempos; cultivando sus almas con los frutos más excelsos de la Belleza y el Arte; forjando sus voluntades en iniciativas y en empresas propias y templando sus fuerzas en la fecunda fragua del trabajo, inteligente y ennoblecedor; solidarizando todos los destinos, entrelazando y fundiendo los caracteres y dejando á cada uno de los tiernos espíritus su manera libérrima de concebir la vida, no será de este modo la Escuela una ficción y un criadero de humanos papagayos, sino que será un aprendizaje para la vida noble, brava y libre, de hombres iguales y solidarios, todos productores y creadores; de espíritu y corazón independientes, soldados del gran ejército humano que pelea por someter y dominar la Naturaleza. Tal Escuela, será la vida misma, pero una vida alta y bella, razonada y consciente.

Educación Integral

La educación que, según de lo dicho se desprende, yo conceptúo como la única eficaz para formar jóvenes libres no puede ser la racionalista ni anarquista, ni menos la religiosa, ni aun la neutra en el viejo sentido limitado que se concede á esta palabra: solamente puede ser la educación integral. Aquella educación que teniendo por faro y por luz del espíritu la emancipación humana, la divinización del Hombre, y por base un amplísimo

concepto de la libertad en sentido creador y afirmativo, y profesando un profundo respeto hacia la personalidad moral del educando, no trate de imponerle criterio ni dogma alguno, sino que le muestre las más altas verdades del espíritu humano, dejando á cada uno en libertad de asimilarse aquellas que le sean propias por el estado de su evolución espiritual.

Ha de tener, dicha educación, como objetivo principal, el de, ante todo y sobre todo, despertar el espíritu del niño; haciendo en lo posible que se eleve á la concepción intelectual de las cosas y del mundo; que remonte su pensamiento á las causas; que abra los ojos de su inteligencia á la visión interna de la vida; pero de modo evolutivo y gradual.

Y para lograr aquello, para que pueda alcanzar el dominio de sí mismo, se deben cultivar intensamente, en cada ser, todas sus facultades y potencias: no sólo la razón, la inteligencia y la memoria, sino también el sentimiento, la energía y la voluntad, la belleza y fuerza físicas, el sentido artístico y creador, todas, en fin, las fuerzas atesoradas en sus entrañas, hasta formar así en él un ser perfecto, libre y consciente, soberano de sí mismo, sembrador de belleza y de bondad, descifrador del Misterio y adorador de la Vida, que ilumine á los hombres y embellezca la Tierra con la luz de su alma.

ANTONIO HERRERO

PÁGINAS LITERARIAS

Diálogo

Marta y Amparo, entrando despaciosamente en actitud de continuar una conversación empezada afuera.

MARTA.—Rechazo con alma y vida la dialéctica torcida con que atacas mi sentir. ¿Acaso por ser mujeres sólo tenemos deberes en la vida que cumplir?

Dime, hermana: ¿no es un hecho que el saber es un derecho concedido por igual al hombre y su compañera, por ley hermosa que impera en la vida universal?

AMPARO.—Según como tú lo entiendes y con calor lo defiendes, tal disparate es verdad. Pero dime: ¿qué falta hace la ilustración á quien nace privada de libertad?

MARTA.—Hay una amarga impostura en esa frase tan dura que acabas de pronunciar. ¿No somos libres acaso? ¿Quién detiene nuestro paso cuando queremos andar? Pues si nada nos detiene, si á entorpecer nadie viene la marcha de nuestros pies; si tampoco nuestros brazos están atados con lazos ¿cuál es esa prisión, pues?

AMPARO.—Ignoras que mientras mueves tus pies y tus manos breves en libre locomoción, hay una cárcel muy fuerte que encerrará hasta la muerte tu derecho y tu razón.

MARTA.—¿Cuál es ella? ¿No la veo! Tú deliras, según creo, con delirios de otra edad.

(Riendo) ¿Es que eslamos condenadas á ser *reinas encantadas* como en los cuentos, verdad?

AMPARO.—Te burlas y no me enojo. No sin sentir un sonrojo te explicaré; vas á ver. Dime pronto y no te asombres ¿Eres libre cual los hombres? ¡Vamos, contesta, mujer! ¿Puedes andar por la vida sin que nada te lo impida á tu entera discreción? ¿Puedes acaso á tu antojo

vestirte de azul ó rojo como cuadre á tu elección? ¿Puedes, rechazando todas las torturas de las modas á tu capricho salir? ¿Acaso tus opiniones valen algo en las cuestiones que afectan tu porvenir? si vas por la calle sola ¿no sientes tras tí una ola de inquieta murmuración que no sigue á los varones? ¿no ves que los pantalones tienen más libre su acción?

MARTA.—Es cierto, no había acatado; todo eso que has declarado es la triste realidad. Pero dime ¿en qué se funda esa injusticia profunda?

AMPARO.—¡En nuestra debilidad!

MARTA.—Pues oye, Amparo, no atino con la razón de este sino ¿Somos débiles? ¿Qué va! á trabajar no nos ganan ni á sufrir, los que se ufanan en ser los fuertes

(AMBAS, riendo) ¡Ja, Ja!

MARTA.—No somos débiles, pienso que el hombre es bicho propenso á la fiebre de mandar, y nosotras, ignorantes, dóciles como elefantes nos dejamos postergar. Es fuerza que esto termine

AMPARO.—Pero bien, ¿quién nos redime de tan dura condición?

MARTA.—La ciencia, hermana, la ciencia nos dará la independencia

AMBAS.—¡Que viva la ilustración!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Bajo el sol

Eran ya las nueve, el aire ardía, una mañana sacada del propio vientre de una fragua.

Ningún ruido llegaba á despertar aquella pesada calma perezosamente reclinada sobre los campos.

Lenta y firme fuese distinguiendo, cada vez más sonora, la recia caída del mazo sobre el cincel. Allá, á la orilla del río, no lejos de un remanso, brazos nuevos agitaban la herramienta. Eran dos hombres jóvenes, de veintiséis años el que más, ambos de mirada cortante, rebelados los cabellos, la camisa remangada más allá de los codos, matizado el rostro de fresa vivo y hecho fuentes de sudor.

—Otro golpe, y la roca quedó en gajos.

Venía el trabajo de barra. Uno de los canteros se levantó y, tumbando hacia un lado el banquillo de madera, fué por ahí cerca para hallar la otra herramienta.

Un pensamiento le detuvo antes de asestar el primer golpe, una idea que desde hacía días venía tenazmente horadando su cabeza de cantero. Quizá fuese irreverencia, pero, qué culpa tenía él de no ver tan claro como hubiera deseado? Siempre la misma duda. Quizá su compañero. En fin:

—Oye, Juan, qué se te ocurre al pensar en la historia que leímos la

otra tarde en la Biblia, la historia de un viejo patriarca conformado siempre á soportar, baja la mirada, las violentas embestidas del infortunio. . . .

—A mí? Se me ocurren tantas cosas!

—A ver, una.

Una? Que de fijo aquel Job, el viejo Patriarca de tu historia, nunca fué cantero, que á haber sabido de minar pedrones no habría cerrado los ojos ante aquel séquito de calamidades que ya él parecía esperar. Te diré más, juzgo criminal aquel poder celeste que alienta la inacción premiando la del viejo patriarca con tantos y más bienes de los que éste poseyera antes de ser un miserable.

—Palabra de honor que por ahí iba yo también: no sé por qué diablos me asustó pensar así.

—Pues qué, llegaste á suponer acaso que una piedra estaría hecha jirones sin mediar antes un rudo esfuerzo? Además, pienso que ese rebaño inmenso de pobres conciencias que gime retenido por los garfios de la miseria al poste del dolor, es otro Job, el gran Job que no pone ningún esfuerzo para romper la fatal cadena, en la esperan-

za; cobarde, de hallar en un problemático futuro recompensa á su ruín resignación. La fábula esa de que hablas es, á qué dudar, uno de tantos narcóticos vertidos sobre la voluntad con el propósito de anular sus manifestaciones; fatales narcóticos que mantienen muerto ese mar de oprimidos que hacen la jornada de la vida sin mirar jamás el cielo sino es para añadir un eslabón á la cadena que habrán de legar á sus hijos. Mas, el día en que la voluntad despierte, cuando ese mar se agite y ruja, ya no una roca, qué digo, toda una construcción, todo un edificio habrá de vacilar y, entonces, entonces ya no habrá fábulas como aquella que leímos la otra tarde.

Un soberbio barrazo caía al pie de uno de los gajos de granito al tiempo en que la última palabra del domador de rocas descansaba en la conciencia de su compañero.

A poco rato los trozos de piedra yacían del todo distanciados, dos de ellos en manos de los cinceladores empeñados en vencer la labor bajo aquel flamante y espléndido sol.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

La guerra es un negocio

Los pueblos antiguos se batían porque sus soberanos estaban divididos sobre cuestiones de herencia; los modernos se batían por conquistar mercados. Las apariencias cambian con las épocas, pero los móviles son idénticos: siempre se trata de enriquecerse empujando á otros.

Pero se dirá: eso será verdad respecto de los autores ó promovedores de la guerra, pero no para los que la hacen. Véámoslo: En efecto, suele celebrarse pomposamente el desinterés del soldado, ese mártir que se bate y muere por puras ideas de honor ó de gloria; pero ved lo que dice el héroe de Homero:—«Por mí lanzá soy rey, por

ella siembro y recojo».—¿Qué es eso sino declarar que el «oficio de Marte» es para él un oficio productivo? Más cerca de nuestro tiempo, Bonaparte, al lanzar sus soldados hambrientos y andrajosos sobre Italia, evoca ante sus ojos deslumbrados las fértiles llanuras de Lombardía, los calcetines llenos de escudos, los graneros y los toneles bien llenos, y añade:—«¡Soldados, adelante!». Proclamado emperador no paga sólo con la gloria á sus mariscales ni con títulos nobiliarios, sino que agrega algo más substancioso, les da escrituras de propiedad. Pero no hay que ir tan lejos: el Parlamento inglés votó una dotación nacional de dos mi-

liones á lord Roberts á su vuelta del Transvaal, en pago de una campaña de algunos meses. Y no fué sólo el general el beneficiado en la guerra, también el oficial subalterno obtenía una cruz que aumentaba su escaso sueldo; el subteniente que sueña con batallas para ascender; el sargento que desea la guerra para tener derecho á un retiro ó á un empleo. En la holganza de la vida de guarnición, las imaginaciones trabajan con la idea de la guerra. En la instrucción, se despierta el interés y brillan los ojos de codicia cuando el sargento habla del derecho al botín y del reparto de lo tomado al enemigo. Nuestras grandes capitales ostentan con orgullo las riquezas que contienen sus museos, pero la adquisición de la mayor parte de esas obras maestras tiene una historia secreta conocida de los diplomáticos ó de los generales conquistadores.

De manera tan prosaica se explican las guerras modernas, y las antiguas no eran menos interesadas. Los cruzados, que partieron al grito de «¡Dios lo quiere!», pronto olvidaron su santo entusiasmo para cargarse de oro en Constantinopla ó hacerse ducados en Asia Menor.

Los Caballeros del Norte, marchando contra los Albigenses, gritaban: que iban á exterminar la herejía; pero en el fondo lo que querían aquellos buenos cristianos era saquear las opulentas ciudades del Mediodía.

También eran buenos cristianos los ricos plantadores de la América del Norte, que, después de haber despojado sistemáticamente durante un siglo las costas de Africa con sus feroces razias de esclavos, no vacilaron, durante la guerra de secesión de poner su patria á sangre y fuego para conservar la esclavitud, odiosa institución económica, pero aprovechable.

Con esa guerra de secesión nos hallamos en plena guerra contemporánea, viéndola afirmarse con brutal cinismo, como empresa lucrativa, en cuyo origen se descubren fácilmente las infuensas combinaciones del estadista concesionario, del contratista avaro ó del

hacendista usurero. Basta recordar los acontecimientos, sin tomarse la molestia de averiguar sus orígenes, para evidenciar su inmoralidad.

La guerra del opio, la fragmentación sistemática de Africa y de Asia, la guerra de Filipinas y la del Transvaal, la expedición á China, tal es el balance de un medio siglo de rapiña internacional, y por último la guerra ruso-japonesa que lanzó unos contra otros desde Vladivostock á Seoul flotas formidables y ejércitos de muchos miles de hombres, por razones de que apenas se habla al oído en las embajadas. ¿Había que procurar nuevos pedidos á las grandes sociedades mineras y metalúrgicas del Volga, que los enormes derechos del imperio reducen á la sola clientela interior ó, por mejor decir, gubernamental, y que la terminación del transiberiano amenazaba sumergir en el marasmo? ¿Había que asegurar á toda costa á un Bezobrazoff una inmensa concesión forestal en Corea, para agradar á la reina madre y á su dama de honor, interesadas en la empresa por muchos millones de rublos? Verdaderas ó falsas, he ahí las razones que alegan los que se tienen por bien informados cuando explican los modernos conflictos de los pueblos y de las razas.

¿Nos consolaremos pensando que la mayor parte de esas guerras malditas cuestan menos sangre, por no decir menos dinero, que las grandes guerras europeas de otros tiempos? Quizá, pero nótese que esta observación apoya nuestra tesis. Sí, las guerras del día son ante todo coloniales; porque en la actualidad más que nunca la guerra es un *negocio* cuyo activo y pasivo, á pesar de los incidentes imprevistos, pueden calcularse de antemano. Exterminando pobres salvajes, los pueblos civilizados no corren grandes riesgos y tienen segura una ganancia enorme, mientras que batiéndose entre sí, lo desconocido sería formidable y el vencedor se retiraría de la lucha tan debilitado como el vencido.

J. PRUDHOMMEAUX

Tribuna para los Trabajadores

Sin título

Por casualidad ha llegado á mis manos un periodiquillo, órgano de la familia de los *buhos*, que parece tiene por gran mérito llevar la biografía del santo del día, y me ha parecido prudente dedicarle mi atención y ofrecerlo á los lectores de RENOVACIÓN que todavía *ignorán* quién fué la mujer de Caín y el afortunado mortal que la Providencia destinó á poblar este nuevo continente.

Y la tal biografía no trata icosa extraña! de un santo de la calaña del asesino Pedro Arbués ni de los sanguinarios Raimundo de Peñafort é Ignacio de Loyola, ni tampoco de la taifa de papas que la historia nos señala como modelo de inmoralidades y corrupciones, elevados á la categoría de santos, gracias á la habilidad de otros tantos malvados.

El santo que ocupa mi atención es de los llamados pacíficos: por esta razón y por la de ser catalán se me ha hecho simpático, y por eso también lo ofrezco en holocausto al *gran* rebaño de la fe, que se queda tan feliz y tan fresco después de decir, los miembros que la componen, que profesan la única religión verdadera, á pesar de que ven que paulatinamente la van arrojando de su seno los pueblos cultos.

El santo á que me refiero, es el modesto Ramón Nonato, hijo de un pueblo llamado Portell (Barcelona), y que se hizo fraile por consejo del inquisidor catalán Raimundo de Peñafort.

¡Qué honra para la familia, dirán muchos, tener un santo en la casa! Pues se equivocan los que tales suposiciones hacen; la familia del santo de mi historia dice que á partir desde la canonización de Ramoncito, no han tenido más que desgracias y calamidades, tanto que apenas queda un vástago para contarlos. Tal vez sería por mediación del santo para que se hicieran acreedores al premio celestial ó

viceversa de esos grandes acaparadores de la fe, que también procuran acaparar los placeres y los bienes terrenales; ya los primeros, para recomendar los disgustos y sinsabores que les proporcionan los pobres herejes, ya los segundos, para sostener guerras en defensa de la religión y elevar á la categoría de santos á los curas de Santa Cruz, Alcabón, Elix, obispo Caixal, capitanes de hordas de bandidos, que al grito de ¡Viva la Religión! robaban, violaban, incendiaban y asesinaban, dejando tras ellos un reguero de sangre y de desolación.

Pero Ramoncito no perteneció nunca á esa cuadrilla de monstruos: he dicho que fué muy pacífico. Estudió Teología y Filosofía en Barcelona, y cuando se disponía á tomar el hábito, su padre consultando á sus intereses lo llamó para cuidar sus tierras, mas á Ramón le tenía el cielo destinado para fines más elevados, y á pesar de la oposición del padre vistió el hábito y predicó una temporada en Cataluña. Enterado el papa Gregorio de la perla que tenía la Iglesia, lo llamó á Roma y le confirió la regla de san Agustín é inmediatamente se fué á Argel á redimir cautivos y á convertir infieles. Sus trabajos y predicaciones le valieron muchos azotes y el estar encerrado en una mazmorra durante varios meses, al cabo de los cuales pudo regresar sano y salvo á su país natal.

El papa entonces lo nombró cardenal del título de Santa Eustaquia y otra vez lo llamó á Roma donde le esperaba una misión muy delicada á cumplir.

Cuando se dirigía á la ciudad llamada Eterna, cayó enfermo en un pueblo llamado Cardona, y allí murió el 31 de agosto de 1240; pero antes de morir recibió el viático de manos del propio Jesucristo, y su cuerpo fué llevado por la noche á Portell, por una

mula ciega y sin guía. Esos fueron un par de milagros de los que entran pocos en libra.

No comprendo yo como se las arreglaría el Salvador para meterse á sí propio dentro la sagrada forma que sostenía en sus manos. Lo de la mula ciega y sin guía, eso sí lo comprendo perfectamente: esa es el símbolo de la Fe.

¡Qué más ciegos que esos infelices que en las procesiones llevan á cuestras imágenes que llaman santos, producto de una idolatría tan absurda como la que imperaba en antaño!

Y eso que no estamos en el siglo XIII, época aquella de las mulas ciegas y sin guías...

MIGUEL PERERA

A modo de crónica

Notas de viaje.—La librería Hachette acaba de publicar las *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud* (Argentina, Uruguay y Brasil) de Jorge Clemenceau. Despedacemos tan sabrosa lectura é intentemos la traducción de algunos trozos. Las llamadas al pie de página son nuestras.

1. Lo que facilitó la empresa de Colón fué el estar América allí, inmóvil en medio mar, aguardando que alguno se tomara el trabajo de tropezar en ella al pasar. Sin embargo, he encontrado en el Brasil un eminente senador del estado de San Pablo, el señor Almeida Nogueira, quien sostiene que el principal acontecimiento del viernes 12 de Octubre de 1492 fué el descubrimiento de Europa, en la persona del gran genovés, por los americanos, llevándole la ventaja de no haber tenido que molestarse para ello.

2. Si es cierto que la civilización americana es de origen reciente, los pueblos llamados americanos, lejos de estar enfermos de juventud, son hombres antiguos trasplantados, que se doblan, como nosotros, bajo el fardo de una pesada historia de glorias y de miserias, imbuidos de todas nuestras tradiciones, buenas ó malas, y obligados á todas las dificultades que nos sitian á nosotros. La diferencia está en que ellos manifiestan su potencia de vida en un campo mejor dispuesto para el vuelo de las energías nuevas.

3. El señor Williman¹ es un compatriota, hijo de francés, de origen alaciano. Profesor de física antes de su elección, no ha creído que sus quehaceres políticos debieran poner fin á su misión docente y va dos veces por semana, con toda regularidad, á la escuela superior, á dar sus lecciones, volviendo á ser por un rato el feliz maestro de una juventud incapaz aún de desarrollar sus medios de contradicción. Este lindo movimiento de sencillez democrática hace un contraste bastante curioso con nuestros persistentes esfuerzos por salvar del antiguo aparato de las autocracias cuanto ha podido escapar de los naufragios revolucionarios.

4. ¿Será preciso contar que todos los parques y plazoletas de Buenos Aires están sobrecargados de esculturas y monumentos «decorativos» que ofrecen buena tela á la crítica? Nada tan natural, en una sociedad joven, como el deseo de hacer surgir pronto hombres eminentes en todos los dominios... Pero se adivina fácilmente que el legítimo deseo de escribir la historia en las plazas públicas ha hecho pupular, como sucede en todas partes, las estatuas de soldados y de hombres políticos... Los monumentos elevados á hombres sin genio no hacen más que llenarnos de reflexiones filosóficas so-

¹ Presidente del Uruguay entonces.

bre los peligros de esta *propaganda permanente* de mediocridad.

5. Nuestra visita al *Open Door*¹ no duró menos de un día y no vimos ciertamente todo. Desde el primer momento hasta el último, fuimos acompañados por un loco fotógrafo que no cesó de hacer funcionar su máquina, según su conveniencia, y que llegó hasta amonestarnos severamente hacia el fin del almuerzo, creyendo que nos levantaríamos de la mesa sin dejarnos retratar. Cuatro días después de mi visita, recibí una serie de fotografías que reproducían los diversos incidentes de nuestro paseo, encuadradas en álbum por un loco, naturalmente, y expeditas por otro loco á un destinatario que es lo bastante loco para creerse dotado de razón.

¿Necesito decir que fuimos recibidos al son de *La Marsellesa* y del himno nacional argentino, ejecutados por una banda de locos, que nos agasajó luego durante el almuerzo? Desde entonces no comprendo yo por qué no se exige un certificado de locura auténtico para ser admitido en la orquesta de la Gran Opera.

¿Y el periodismo, díganme ustedes, era admisible que no estuviera representado en el *Open Door*? El buen Doctor Cabred no es hombre que pueda cometer tales distracciones. Se nos mostró, pues, el *Eco de las Mercedes*, periódico mensual del asilo, redactado é impreso por locos. Prosa y poesía. Artículos en español, en italiano, en francés. Á veces, algo de desaliño en la gramática y en la idea, pero, en suma, no muchas más divagaciones que en los otros periódicos.

... En fin, se nos ofreció, para terminar la fiesta, el espectáculo de una carrera de caballos montados por locos.

¹ *La Puerta Abierta*, maravillosa casa de locos, en una extensión de 600 hectáreas, á 70 kilómetros de Buenos Aires, dirigida por el sabio Dr. Cabred.

Bestias de espíritu sano y caballeros insensatos perfectamente de acuerdo para lanzarse atropelladamente á una carrera perfectamente vana. ¿No es este el espectáculo ordinario de nuestra humanidad?

Un buen loco místico, ornado de una ó dos centenas de medallas, nos perseguía con sus lecturas de libros santos y sus bendiciones. Yo me preguntaba por dentro si este ejercicio estaba también comprendido en el programa del Doctor Cabred, quien pretende hacer que los insanos realicen normalmente la obra misma de la sociedad juiciosa.

... Y una pregunta me vino á los labios: ¿Puesto que usted, señor Director, demuestra prácticamente que los locos son aptos para toda ocupación, ¿cómo ha podido desmentirse usted mismo confiando la dirección del *Open Door* á un hombre que parece gozar de todas sus facultades?—Sí, es una debilidad, exclamó sonriendo el amable doctor. Pero, después de todo ¿cuál es la prueba de que yo no lleno las condiciones de la doctrina? ¿No he referido yo á usted que hay aquí un loco, uno solo, quizá el de la última palabra en el asunto, el cual me juzga delirante cuando le invito á trabajar? Si él está en lo cierto, si como dice él, la vida no vale la pena de vivirla pensando, todo está en regla en el *Open Door*.

Quien sabe si algún loco, con sobrada razón, rehusa secretamente darse por curado, á fin de pasar el resto de sus días en un trabajo feliz, bajo un cielo bello, entre hombres pacíficos, alejados de las inquietudes del mundo y de esos conflictos de las eternas luchas que son la plaga de la vida «juiciosa». Esto podría inducir al Doctor Cabred al establecimiento de una sección anexa, para las gentes de sentidos cabales.



BIBLIOTECA DOMENECH. Están al llegar las siguientes obras: APUNTES DE UN DESCONOCIDO (2 tomos), LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, EL ESPADA MONTES y LA VOZ DE LAS CAMPANAS.

6 Pero la gran dificultad está en que es infinitamente menos dispedito tratar de sacar el mayor provecho inmediato del trabajo de los prisioneros que invertir el problema y gastar dinero para poner en manos del delincuente el instrumento de su mejoramiento, corriendo el riesgo de un fracaso... ¿Pero acaso se renuncia en los asilos y hospitales al tenaz intento de curación, por el hecho de existir casos incurables?... Si ha sido necesario tan largo preámbulo para presentar al lector la prisión central de Buenos Aires, es porque la República Argentina me parece haber ido más allá de cuanto se ha hecho hasta hoy en este orden de realizaciones.

... En cada celda hay libros y lo principal del material escolar. *Catorce clases, catorce profesores*. Todos los detenidos siguen los cursos de adultos, que comprenden forzosamente, junto con la teoría del correspondiente oficio, la historia, la higiene, la moral, materias todas que son objeto de exámenes determinados... Hay una vasta sala de conferencias, que puede servir, llegado el caso, de sala de teatro, ataviada con cuadros, dibujos, modelos, obra de los prisioneros. Las conferencias son hechas por los profesores y aun por los detenidos cuando sus estudios anteriores ó sus progresos recientes los han calificado para ello.

... Nuestro punto de vista, me respondió el Director, es éste: cada vez que un hombre comete un delito ó un crimen, un deber de reeducación surge para la sociedad desde la hora misma de la falta. Cuando uno de los miembros del cuerpo social llega á delinquir, hay que *rehacerlo*. Á ello nos aplicamos nosotros, y yo no disimulé á

usted las grandes alegrías que nos procura el notable éxito de nuestros esfuerzos. He visitado la mayor parte de las prisiones de Europa y puedo preguntar ¿ha encontrado usted aquí esas miradas inquietantes de bestias acosadas que son el rasgo común de nuestros detenidos? No. Nuestros hombres no tienen más que una idea: recomenzar la vida y alistarse esta vez para el éxito. He ahí el secreto de esta tranquila confianza de niños aplicados que usted ha podido notar en tantos semblantes, á falta tal vez del arrepentimiento, que no puede ser lote de todos. ¿Y no teme usted, repuse, que una casa de tantas comodidades no se convierta en incentivo de mal para las gentes que no hallan qué hacer de sí mismas?—Hasta ahora, no parece así. Esos temores, que no puedo creer vuestros, significan el desconocimiento del hechizo superior que la libertad ejerce sobre toda creatura humana.

7. ... Y si tuviera yo que buscar los elementos con que el indígena sudamericano puede contribuir á la formación de las futuras actividades sociales, no me sorprendería que la sencillez, la dignidad, la nobleza y la firmeza de su carácter le permitieran ejercer felices modificaciones sobre la turbulencia europea.

... Después de todo, el argentino que no quiere pasar por español tiene quizá sus buenas razones. Mejor que en la península ibérica, lo veo libre de la sangre mora, que ha podido coadyuvar al desarrollo de las altas cualidades caballerescas, pero que ha dejado al español tan enojosamente estupefacto en la concepción oriental de una inmóvil teocracia. ¿Por qué la sangre del indígena, con ayuda de las circunstancias

Pensamiento clásico.—Los hechos, los fenómenos, bien ó mal observados, coleccionados hoy ó hace siglos, no constituyen por sí mismos la ciencia, como un montón de piedras, ya parezcan nuevas, ya parezcan viejas, no constituye ningún edificio. Al hablar de la ciencia, nosotros entendemos hablar del conocimiento razonado y positivo que de los hechos ó fenómenos se alcanza.

(Lección de Física, Liceo de Costa Rica, 1895).

complejas que llamamos «clima», no ha de haber reaccionado ya sobre la mistura europea para preparar y formar un pueblo de apostura verdaderamente nueva y al cual corresponde naturalmente el nombre de «argentino»?

8. ¡Ya! Leyes modernas. Hombres antiguos, muy antiguos ¹.

9. Ellos son latinos, ellos también, ² yo puedo atestiguarlo en alta voz. Latinos por la vivacidad de sus conversaciones, por el ardor del temperamento, por el abalanzamiento de las inteligencias á las fórmulas generales, por todas las manifestaciones de su afición á las luchas de ideas. A este respecto, yo no puedo sino llamarlos jóvenes y encantadores. Un día, el buen Renán, que era sin embargo la indulgencia misma, me ha suavemente reprochado el no «hacer oración.» Ay! Los años, padres de la experiencia, acaban por traernos las facultades de oración, en el sentido en que entendía la palabra aquel filósofo, que no se hizo al sacrificio de sus primeras ideas sino mediante la condición de conservar la terminología de ellas. Digo, pues, que no deja de ser un grave problema el de saber no solamente quien vale más, sino quien ha hecho más en el mundo ¿la juventud presuntuosamente activa ó la madurez juiciosamente cansada?

10. ...Por el hecho solo de haber tenido este concepto de la enseñanza primordial del hombre y haber emprendido su realización, los latinos del Uruguay han entrado en la vía que debe conducirlos al éxito. Porque, si pretenden dar á toda formación de la inteligencia el fundamento sólido de la

observación y de la experiencia, es decir, de las sensaciones que recibimos de los fenómenos y de la interpretación que de ellos podemos dar, no es para echar pie atrás ante las altas generalizaciones que son el fruto legítimo de los estudios científicos y su coronamiento natural. Por esto he notado en el catálogo de las bibliotecas escolares, para uso de alumnos y maestros, obras francesas tales como las siguientes: LE BON: *Psychologie de l'éducation; l'Evolution de la matière*; LE DANTEC: *les Influences ancestrales; De l'homme á la science*; HENRI POINCARÉ: *la Valeur de la Science; la Science et l'Hypothèse*. Si no nos fijamos en ello, esos «salvajes» ganarán pronto á los «civilizados».

11. La Academia de Medicina ¹ había llevado su benevolencia hasta rogarle que le hiciera una visita, y confieso que teniendo conciencia de lo inmerecido de mis títulos yo no me atrevía á afrontar aquel público de sabios. Pronto fui tranquilizado con la afirmación de que se trataba simplemente de un homenaje á nuestra cultura. Me presenté, pues, y, cruzadas apenas las primeras palabras, sentí bien que me hallaba entre franceses. Descartado el arte médico, me fué ofrecido el placer refinado de elevadas consideraciones sobre la filosofía general de las ciencias, tal cual resulta del magnífico esfuerzo intelectual de Francia, y sobre la poderosa contribución de nuestro país en la orientación de las energías civilizadas. ¡Qué confortación en tan conmovedor llamamiento hacia la justicia de la historia, hecho por inteligencias desinteresadas, en los momentos precisos en que ciertos pueblos, queriendo parecer grandes, se vuelven contra sí mismos, en su fervor de denigración sistemática del espíritu francés!

¹ Así remata Clemenceau una interesante conversación, en el Senado de Uruguay, acerca de los progresos de la codificación en esta República (derechos de los hijos naturales, divorcio por mutuo consentimiento, abolición de la pena de muerte, etc.) y la frecuencia de las muertes por obra de los particulares, en movimientos políticos, etc.

² Los periodistas de Montevideo.

¹ Estamos ahora en el Brasil.

COMPañEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores.

Homenaje á Francisco Ferrer

Hemos remitido á los periódicos *Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera*, *Salud y Fuerza*, *Acción Libertaria*, *La Escuela Moderna*, *El Socialista* y *La Palabra Libre*, de España; *L'Ere Nouvelle*, *Les Temps Nouveaux* y *La Vie Ouvrière*, de Francia; *Tierra! y Vía Libre*, de Cuba; *Il Pensiero* y *L'Idea*, de Italia; *¡Avantel!*, de Portugal; *Freedom*, de Inglaterra; *Cultura Proletaria* y *Regeneración*, de Estados Unidos; *La Acción Obrera*, de Buenos Aires; *Despertar*, del Uruguay; *Revista Escolar*, de la República Dominicana y *Pro-cultura*, de Chile, la siguiente circular:

“San José, Costa Rica, 30 de Julio de 1911.

Compañero:

La revista **RENOVACIÓN** que en este país labora con buen fruto en pro de las reivindicaciones humanas, se propone conmemorar con un número especial, el 13 de octubre próximo, el segundo aniversario de la muerte de **Francisco Ferrer Guardia**, fundador de la Escuela Moderna.

Es la intención de los que trabajamos esta revista, hacer de tal número un folleto de la más empeñada y vigorosa lucha, de 32 á 48 páginas con no pocos grabados alusivos, en el cual colaborarán las más reputadas plumas sinceramente libertarias de América y Europa.

Y como quiera que para ello no contamos con recursos sobrados, hemos de procurar la cooperación pecuniaria de todos los hermanos explotados que tienen sobre el mundo un puesto en las contiendas contra el privilegio.

Ruego á usted, en consecuencia, anunciar en su interesante periódico aquella publicación á fin de procurarle demanda, la cual podría hacerse por su intermedio desde luego depositando en usted, por adelantado, el valor que será de una peseta española el ejemplar.

Si usted se digna hacerme saber cuanto antes el resultado de su gestión, su aviso me servirá para el cálculo de la edición.

En nombre de la anhelada confraternidad humana que será la más gloriosa realidad del porvenir, saludo á usted cordialmente como adicto camarada.

RICARDO FALCÓ, Editor.”

Es probable colaboren los publicistas P. Kropotkine, C. Malato, M. Nettle, O. Karmin, P. Gille, Hamon, J. Grave, E. Malatesta, R. Mella, J. Prat, A. Lorenzo, Simarro, Tarrida del Mármol, J. Casasola, J. M. Zeledón, J. García Monje, E. Jiménez R., etc., etc.

Tenemos en nuestro poder importantes trabajos inéditos y algunos grabados para ese número extraordinario.